

Mujeres, Asambleas, e Iglesias de Cristo

John Mark Hicks

22 de septiembre de 2020

*Porque todos podéis profetizar uno por uno,
para que todos aprendan y todos sean
exhortados..*

1 Corintios 14:31

[Este ensayo ofrece una sucinta defensa de la plena participación de las mujeres en las asambleas que se reúnen para la oración, la alabanza y la edificación mutua. No considero las posibles objeciones ni las perspectivas alternativas que se presentan en este breve texto. Mujeres sirviendo a Dios: Mi camino para comprender su historia en la Biblia contiene más detalles y una argumentación más completa. Todos los textos bíblicos asumidos y citados en el ensayo se identifican al final.]

Recuerdo la primera vez que escuché a una mujer hablar en la asamblea de una iglesia de Cristo. Estaba visitando una congregación afroamericana en Alabama. En un momento del servicio, el ministro preguntó si alguien quería confesar sus pecados, dar testimonio o pedir oraciones. Varias mujeres se pusieron de pie y respondieron con testimonios, confesiones y peticiones de oración. Descubrí que esto no era raro en las iglesias afroamericanas de Cristo, aunque nunca ocurrió en la congregación integrada en la que crecí de adolescente.

Me impactó. No dije nada, pero me molestó. Era la primera vez, a los veinticinco años, que escuchaba la voz de una mujer en la asamblea, aparte de los cantos congregacionales o las confesiones bautismales.

Me perturbó porque estaba convencido de que las mujeres no debían hablar ni estar de pie ante la asamblea. Toda la autoridad de liderazgo pertenecía a los hombres porque Dios formó primero a Adán, luego a Eva. Esto se aplicaba no solo a la asamblea pública, sino a todo grupo reunido para orar y alabar, ya fuera en una casa o en un parque..

Mis primeros recuerdos

Las conversaciones sobre la participación audible de las mujeres en la oración y la alabanza surgieron en el contexto de si las preadolescentes y adolescentes podían expresar sus peticiones en cadenas de oración, siempre y cuando no fueran ellas quienes iniciaran ni terminaran la cadena. Este fue un tema de conversación ocasional en mi grupo de jóvenes de 1972 a 1974. También se extendió por todo el panorama de las iglesias de Cristo en la década de 1970, especialmente en grupos juveniles y universitarios. Solo algunas voces aprobaron tales prácticas.

La mayoría creía que las niñas no debían participar en voz alta porque Dios formó primero a Adán y luego a Eva, que Dios formó primero a Adán y luego a Eva respondía a muchas

preguntas. Significaba que las mujeres no debían enseñar a un niño bautizado de diez años en la iglesia, ni siquiera a su propio hijo. Significaba que las mujeres no podían dirigir un grupo pequeño que incluyera hombres en su propio hogar. Significaba que las mujeres no podían servir la comunión en silencio a la asamblea porque implicaba estar de pie. Significaba que no podían leer las Escrituras a la asamblea, aunque sí podían leerlas en una clase de Biblia. Significaba que podían escribir un sermón para su publicación, aunque no podían expresarlo en una asamblea. Significaba que las mujeres no podían servir como diáconos, votar en las reuniones de negocios ni asistir a ellas, ni dirigir los cantos, aunque podían servir mesas (fuera de la asamblea), dirigir el ministerio de la guardería y comenzar canciones desde su asiento cuando fuera necesario.

Luché con estas prácticas, y en un momento pensé que tenía una justificación sólida, coherente y convincente basada en el hecho de que Dios formó primero a Adán y luego a Eva. Escribí un libro, con un compañero de clase de Freed-Hardeman, defendiéndolo, aunque era un joven soltero de dieciocho a diecinueve años cuando lo escribí. Se publicó en 1978. Estaba convencido de tener razón y de haber leído la Biblia correctamente. Me parecía clara. La Biblia dice lo que dice, y yo la creía.

Después de que mi piadosa madre leyera mi libro, el único comentario que me ha hecho en los últimos cuarenta y dos años fue su respuesta inicial: «Sin duda usas mucho la palabra subordinación en ese libro».

Sentí que el libro la lastimaba de alguna manera. No entendía por qué. En ese momento no tenía la capacidad de simpatizar con ella. Con el tiempo, su comentario me hizo reflexionar y comencé a preguntarme si algo andaba muy mal con mi enfoque.

Un poco de historia entre las iglesias de Cristo

A principios de la década de 1980 leí *La mujer de Dios* de C. R. Nichol, publicado en 1938. Leerlo me impactó profundamente. Nichol tenía credenciales conservadoras incuestionables. Sus cinco volúmenes de *Sana Doctrina* (en coautoría con R. L. Whiteside) estaban en la biblioteca de mi padre. Leí cada volumen en mi adolescencia. Prácticamente me aprendí de memoria su *encyclopedia bíblica* de bolsillo. Cuando tomé *La Mujer de Dios*, esperaba una perspectiva convencional, pero era muy diferente tanto de mi propia comprensión como de mi experiencia en las iglesias de Cristo.

Nichol creía que las mujeres participaban de forma audible y visible en las asambleas públicas de Corinto y Éfeso. Dirigían las asambleas corintias en oración y exhortaban a los reunidos mediante profecía. Las únicas mujeres silenciadas en Corinto eran aquellas que perturbaban el orden de la asamblea con preguntas incesantes. Creía que las mujeres podían enseñar a los hombres en las clases de Biblia y en otros entornos, aunque no podían predicar con autoridad en la asamblea pública.

No podía creer lo que veía. Nichol defendía la limitada participación de las mujeres en el liderazgo de la asamblea, mientras que las congregaciones que yo conocía no participaban. Sin embargo, me preguntaba si estaría solo en sus opiniones y, por lo tanto, representaría una

especie de punto muerto. Para mi sorpresa, una lectura posterior reveló que Nichol no estaba solo. De hecho, durante los últimos cincuenta años, las iglesias de Cristo habían debatido el alcance de la participación de las mujeres en la asamblea pública, las clases de Biblia y la enseñanza en sus propios hogares. También debatían si las mujeres podían votar, ejercer carreras públicas o pronunciar discursos públicos en entornos sociales.

Algunos, como David Lipscomb, pensaban que las mujeres no debían participar en ninguna actividad pública (ni en la iglesia ni en la sociedad), pero que podían impartir clases bíblicas que incluyeran a hombres en el centro de reuniones o en sus hogares. Otros, como Daniel Sommer, pensaban que las mujeres no debían predicar en la asamblea pública, pero que tenían el privilegio de dirigir los cantos, las oraciones y exhortar a la asamblea. Otros, en lo que se convirtió en la práctica fundamental de la mayoría de las iglesias de Cristo, pensaban que las mujeres no debían enseñar a grupos que incluyeran hombres en la asamblea, en clases bíblicas ni en sus propios hogares, ni dirigir a ningún hombre en la oración, ni excluir a las mujeres de cualquier participación audible o liderazgo visible en la asamblea.

Aparentemente, el libro de Nichol intentó, en parte, preservar las voces femeninas dentro de las asambleas de las iglesias de Cristo. Sin embargo, para la década de 1940, las mujeres fueron silenciadas. F. W. Smith, el respetado ministro de la congregación de la 4ta Avenida en Franklin, Tennessee y un estimado escritor del *Gospel Advocate*, ilustra el tipo de decisión que se tomó (*Gospel Advocate*, 1929, 778-9; el énfasis es suyo).

Nunca me ha quedado tan claro como desearía hasta qué punto una mujer cristiana tiene derecho a participar en el culto público, y por eso me siento incapaz de abordar la cuestión... Concluyo, por tanto, no dogmáticamente, sino para mayor seguridad, que, dado que la palabra de Dios no nos informa clara y explícitamente que sería bíblico que una mujer dirigiera la oración en la asamblea de los santos, sería mejor atenernos a la costumbre de las iglesias «leales» al respecto.

La justificación es importante: segura y leal, pero no dogmática. "Segura" porque no veía ninguna autorización específica y explícita. "Leal" porque las asambleas del norte, en las que las mujeres a menudo oraban y exhortaban, se encaminaban hacia la apostasía como una denominación separada llamada Iglesia Cristiana (aunque algunas congregaciones conservadoras de las iglesias de Cristo, como las asociadas con Sommer, acogían con agrado algunas formas de liderazgo femenino en la asamblea). Pero no podía ser dogmático sobre esta cuestión en particular. Sin embargo, lo que en 1929 era principalmente una cuestión de seguridad y lealtad se convirtió, para las décadas de 1940 y 1950, en un indicador dogmático de una iglesia fiel del Nuevo Testamento. La exclusión total de las mujeres del liderazgo en la asamblea pública, así como de la enseñanza y la oración en las clases bíblicas, se convirtió en la práctica dominante de las iglesias de Cristo, y todavía lo es.

El comentario de Smith es inquietante. Lo que yo consideraba tan evidente y lo que las iglesias de Cristo habían practicado consistentemente en mi experiencia no era tan claro, uniforme ni absoluto entre 1888 y 1938. De hecho, al comienzo de estos años de intenso debate, David Lipscomb escribió (*Gospel Advocate*, 7 de marzo de 1888, pág. 7): «Es difícil

determinar con exactitud el límite de la ley que prohíbe a las mujeres enseñar o usurpar la autoridad públicamente». Si mis antepasados espirituales reconocían la dificultad y sus prácticas eran diversas, comencé a preguntarme si mi propia certeza se basaba más en la tradición (reciente) que en las Escrituras. Quizás el significado de «Adán fue formado primero, luego Eva» no era tan claro como creía.

Aceptando la participación limitada

En 1989, a petición de la revista Image, escribí un artículo titulado “La adoración en 1 Corintios 14:26-40: El mandato del silencio”. Reafirmé la opinión que había mantenido al menos desde 1977. Pablo prohibía, argumenté, que las mujeres tuvieran voz y voto en la asamblea pública. No debían ejercer sus dones de lenguas ni de profecía. Sin embargo, aunque escribí sobre mis creencias, no expresé mis dudas.

Cuando, en 1990, me invitaron a dar una conferencia sobre este tema y a escribir un capítulo para el libro, decidí revisar a fondo mi comprensión de la asamblea de Corinto y los mandatos de Pablo. Decidí reexaminar mi pensamiento, actualizar mi investigación y ver adónde me llevaba la evidencia.

Esta reevaluación me brindó nuevas perspectivas. Me quedó más claro que la restricción del habla que Pablo imponía era significativamente limitada. No era una prescripción para el silencio total. Incluso si la restringimos al discurso autoritario, esto no excluía las voces de las mujeres en otros discursos (incluyendo cantos, confesiones, testimonios, peticiones de oración, anuncios, etc.). Además, llegué a creer que el interés de Pablo no era si una forma particular de hablar tenía autoridad o no, sino si era disruptiva. Dios no es el Dios de la confusión. Todo debe hacerse para la edificación, así como con decencia y orden. En consecuencia, así como Pablo silenció a los que hablaban en lenguas y a los profetas de maneras específicas para mantener el orden, también silenció a las mujeres desordenadas. No se trataba de autoridad ni liderazgo, sino de sumisión al orden en la asamblea.

También me convencí de que, independientemente de lo que significara «el hombre es la cabeza de la mujer», no excluía a las mujeres de ejercer sus dones en Corinto, en particular la oración y la profecía. El liderazgo no silenció a las mujeres en Corinto. Las mujeres disfrutaban del privilegio de profetizar tanto como los hombres, siempre que ambos lo hicieran de forma culturalmente apropiada (por ejemplo, el uso de velos en Corinto, fuera lo que fuese y su significado, lo cual es objeto de controversia). De hecho, esta era la práctica de todas las asambleas de Dios.

Esto me pareció mucho más lógico cuando volví al capítulo catorce y noté los verbos y sustantivos en plural que lo saturan. La enseñanza de Pablo se dirigía tanto a mujeres como a hombres. «Seguid el amor y esforzaos por alcanzar los dones espirituales, y sobre todo que profeticéis» se dirige a toda la iglesia. Pablo esperaba que «todos» los corintios hablaran en lenguas, pero «aún más» que profetizaran. Cuando Pablo se dirigió a los corintios como «hermanos», se dirigía a toda la iglesia, incluidas las mujeres.

No se hace distinción entre hombres y mujeres cuando escribió: «Cuando se reúnen, cada uno tiene un himno, una lección, una revelación, una lengua o una interpretación». Todos aportaban su don a la asamblea, y Pablo quería que usaran estos dones para la edificación de la asamblea, incluyendo la profecía (revelación) y la enseñanza (lección). Además, en cuanto a la profecía, Pablo reguló el desorden para que «todos puedan profetizar uno por uno, para que todos aprendan y todos sean exhortados».

En el capítulo once, las mujeres profetizan; las mujeres tienen el don de profecía, y «todos pueden profetizar». Pablo incluyó a las mujeres cuando dijo «todos pueden profetizar». Tanto hombres como mujeres están incluidos desde el imperativo inicial de «busquen el amor» hasta el imperativo final de «estén ansiosos de profetizar y no prohíban el hablar en lenguas». Pablo esperaba que las personas, tanto hombres como mujeres, usaran sus dones siempre que lo hicieran de manera ordenada.

Las mujeres, incluidas en el "cada una", se encuentran entre quienes aportan sus dones a la asamblea, que incluían salmos (himnos), enseñanzas y revelaciones. Las mujeres enseñaban en la asamblea, cantaban en la asamblea y proclamaban la palabra de Dios mediante su profecía. Nunca he estado convencido de que profetizar tenga menos autoridad que lo que hoy llamamos predicación (o maestros con autoridad en la iglesia). Cuando Pablo enumeró los dones, fue explícito: "primero apóstoles, segundo profetas y tercero maestros". Los profetas pronunciaban palabras de exhortación, edificación y ánimo, mediante las cuales la asamblea aprendía acerca de Dios y recibía convicción por su palabra. Si la enseñanza con autoridad es la guía, la palabra del Señor a través de los profetas tiene tanta autoridad, si no más, que la de los predicadores, maestros y ancianos (independientemente de cómo distingamos estas categorías).

Profecía e inclusión

A medida que esta idea se arraigaba en mi entendimiento, comencé a observar con mayor atención un hilo conductor en las Escrituras que normalmente había malinterpretado, ignorado o descartado. Es decir, siempre ha habido profetisas significativas y eficaces que ejercieron autoridad sobre los hombres en Israel.

Después de Abraham y Aarón, Miriam es la siguiente profetisa nombrada en la Biblia. Ella, junto con Moisés y Aarón, fue enviada a guiar a Israel en el desierto y tuvo visiones del Señor al igual que Aarón. También dirigió a hombres y mujeres en la adoración mientras la congregación alababa a Dios por su liberación de la esclavitud.

La quinta profetisa nombrada, después de Moisés, es Débora. Fue la única persona, durante el período de los Jueces, que fue llamada jueza y profetisa, excepto Samuel. Débora ejerció autoridad, al igual que Samuel, sobre Israel juzgando casos, declarando la palabra del Señor y guiando a Israel. Ella llamó a Barac y le ordenó obedecer a Dios. Barac entró en la lista de honor de la fe porque obedeció a Débora.

La profetisa Hulda comunicó la palabra del Señor al rey de Judá por medio del sumo sacerdote de Dios. Además, confirmó la veracidad del texto que le preguntaron. En efecto, Hulda confirmó que un libro descubierto en las ruinas del templo era, de hecho, Escritura.

Oficialmente, con su autoridad como profetisa del templo, autorizó el uso de este libro como Escritura para Josías y su sumo sacerdote.

Ester autorizó una nueva fiesta para Israel que no estaba incluida en el pacto mosaico. Mandó a Israel celebrar la fiesta. Ejerció no solo autoridad política, sino también autoridad religiosa. La reina Ester le dio a Israel la autoridad para celebrar una fiesta que se sumaba a la ley mosaica.

La profetisa Ana se dedicó al ayuno y la oración en el templo durante décadas. Cuando reconoció al Mesías, comenzó a alabar a Dios y a hablar del niño a todos los que buscaban la redención. Como profetisa, enseñó públicamente a hombres y mujeres en los atrios del templo sobre la gracia redentora de Dios, tal como el propio Jesús enseñaría públicamente más tarde en esos mismos atrios.

Estas mujeres proclamaron la palabra del Señor, guiaron al pueblo de Dios y autorizaron obras y leyes que Israel obedeció. Nada de esto violó el propósito de Dios en la creación. Dios no dota a las mujeres ni aprueba el uso de sus dones de maneras que intrínsecamente violen su propio propósito en la creación.

Pero, ¿acaso la frase «Adán fue formado primero, luego Eva» no excluía a las mujeres de las posiciones de autoridad en el pueblo de Dios? No. Ese razonamiento siempre me pareció una base sólida, ya que pensaba que así era como Pablo usaba el relato de la creación. Sin embargo, el uso que Pablo hace de la creación no excluía a las mujeres de profetizar. Las profetisas que proclamaron la palabra del Señor al pueblo de Dios, reprendieron el pecado en medio del pueblo de Dios y exigieron su obediencia no violaron el diseño de Dios en la creación. Estas mujeres ejercieron autoridad sobre los hombres en diversos contextos y de diversas maneras. Ninguna de sus acciones violó el propósito de Dios en la creación. Quizás Pablo quiso decir algo diferente de lo que siempre había asumido.

Creación, hombres y mujeres

Cuando volví a Génesis 1-3 para reflexionar sobre su significado para la relación entre hombres y mujeres, se hizo evidente que la única autoridad identificada antes del pecado de la humanidad era el dominio que compartían. Compartían una identidad común como personas creadas a imagen de Dios como representantes de Dios en la tierra. Compartían una vocación común: llenar la tierra con la gloria de Dios, dominar el caos y dominar la creación. Compartían una comisión real como hombre y mujer. Ambos fueron llamados y bendecidos para participar en la misión de Dios. La humanidad se diferenció como hombre y mujer, pero se formó como una sola a través de su identidad humana, vocación e intimidad compartidas. Hombres y mujeres se complementan al estar hombro con hombro. Son diferentes pero iguales, diversos pero unidos. Ya sea en comunidad o en el matrimonio, hombres y mujeres son compañeros y aliados en la misión de Dios.

Mientras que Génesis 1 describe el sexto día de la creación como un evento singular: hombre y mujer creados a imagen de Dios, Génesis 2 lo describe como una sucesión de eventos. Dios creó la tierra, formó al hombre de la tierra, lo colocó en el jardín del Edén, creó la flora y la fauna, formó a la mujer del costado del hombre, los presentó y los unió en una sola carne. Esta

sucesión de eventos no se trata de quién tiene la responsabilidad principal ni quién está a cargo. De lo contrario, implicaría una supremacía del hombre sobre la mujer en todos los aspectos de la vida creada, no solo en el hogar y la iglesia, sino también en la sociedad. Si «Adán fue formado primero, luego Eva» significa que Adán tiene autoridad y supremacía, entonces esto sería cierto no solo en el hogar y la iglesia, sino también en la sociedad.

Más bien, la sucesión de eventos trata sobre la belleza de la unidad que Dios realizó en el jardín. La narrativa culminó con el hombre y la mujer como una sola carne. Alcanzó su punto culminante en el encuentro entre el hombre y la mujer. Son de la misma carne y huesos; están hechos el uno para el otro. Son una sola carne, que es mucho más que la unión sexual. Es la unidad, la reciprocidad y la intimidad de su vida juntos como hombre y mujer, ya sea en matrimonio o en comunidad, al asumir su vocación compartida con una identidad compartida.

Sin embargo, esa belleza y armonía se disolvieron cuando comieron del fruto prohibido. Dios se dirigió a cada uno como agentes morales responsables de sus propias acciones y no los responsabilizó por las acciones del otro. El hombre, sin embargo, culpó a la mujer, y la mujer culpó a la serpiente. Como resultado, el orden que impregnaba el jardín se convirtió en un caos.

Si bien la armonía existía en el Edén, ahora surgía hostilidad entre la serpiente y la mujer. Si bien la maternidad estaba originalmente libre de ansiedad, ahora la mujer daba a luz con gran temor. Si bien la pareja original conoció la armonía en su unidad, ahora experimentaba conflicto. Mientras en el jardín disfrutaban de una abundante provisión, ahora luchaban ansiosamente con la tierra para producir alimento. Mientras en el Edén, el hombre y la mujer se nutrían del árbol de la vida, ahora experimentaban la muerte.

Las acciones tienen consecuencias. Cuando una vida correctamente ordenada se desordena, sobreviene el caos y la destrucción. La armonía, la autoridad mutua y la entrega que Dios pretendía para los hombres y las mujeres en su buena creación se ven ahora perturbadas por la ansiedad y el conflicto. Esto trajo conflicto entre la humanidad y la creación, y entre los hombres y las mujeres. Debido a la introducción del caos moral, la muerte esclavizó a la pareja. Debido al caos moral, las mujeres desearían a sus maridos, y estos las gobernarían. El dominio, en forma de abuso, opresión y esclavitud, comenzó con la introducción del caos moral, ya que la humanidad vivía ahora al este del Edén.

La dominación abusiva de los hombres sobre las mujeres emergió rápidamente. Lamec se casó con dos esposas. Los "hijos de Dios" se casaron con las "hijas de los hombres", lo que resultó en que la creación se llenara de violencia. Dina, hija de Jacob, fue violada. Se sacrificaron concubinas para proteger a los hombres. David se casó violentamente con Betsabé. Tamar, violada por su medio hermano, vivió el resto de su vida en dolor y soledad. En las culturas del antiguo Cercano Oriente, las mujeres eran tratadas como propiedad, limitadas en sus actividades y derechos, y consideradas inestables y débiles. Los hombres gobernaban, maltrataban y oprimían a las mujeres, lo cual formaba parte de lo que llegó a significar vivir al este del Edén.

Sin embargo, este dominio masculino abusivo no extinguió el valor de las mujeres en Israel ni impidió que Dios las reclutara como líderes. Al llamar a mujeres líderes, Dios recordó a Israel que la vocación humana es compartida y que las mujeres también llevan la imagen de

Dios, ya que ellas también lo representan en el mundo, no solo en su esencia, sino a través de sus dones y liderazgo.

Pentecostés y renovación de la creación

Reconocer que la creación no implicó la autoridad masculina sobre las mujeres, sino que el gobierno masculino distorsionaba la intención de Dios, abrió una ventana para comprender mejor lo que sucedió en Pentecostés. Allí, Dios renovó el propósito de la creación de una vida compartida en mutua sumisión para cumplir la misión divina. Dios recreó una comunidad donde hombres y mujeres comparten el dominio y asumen el mandato de llenar la tierra con la gloria de Dios y someter a los poderes oscuros que gobiernan el presente. Más que una recreación, Dios derramó la realidad futura de la nueva creación (cielos nuevos y tierra nueva) cuando el reino de Dios irrumpió en el mundo mediante el derramamiento del Espíritu.

Esta renovación fue anunciada por el profeta Joel, a quien Pedro citó el día de Pentecostés. Hombres y mujeres, esclavos y libres, judíos y gentiles, profetizarán y soñarán. Esto fue revolucionario. Fue el comienzo de algo nuevo; fue la expresión de una nueva creación. No se trataba solo de cómo estos grupos son igualmente llamados a una relación salvadora con Dios, sino de cómo han sido igualmente dotados por Dios para participar en su misión, demostrar su presencia en esta nueva comunidad y representar a Dios en el mundo como imágenes de Cristo. «Ya no hay judío ni griego, ya no hay esclavo ni libre, ya no hay varón ni mujer» en Jesús el Mesías, porque todos somos herederos de la promesa a Abraham, que incluye la presencia, el fruto y los dones del Espíritu Santo.

Aunque Jesús eligió solo a varones como sus Doce, también eligió solo a varones judíos libres. Pero después de Pentecostés, ya no solo los hombres judíos libres recibieron dones de Dios. Dios dotó a la iglesia con apóstoles además de los Doce. Por ejemplo, Pablo, Bernabé, Santiago, Andrónico y Junias son llamados apóstoles. Si bien Moisés también eligió solo sacerdotes varones, eligió solo a varones libres del linaje de Aarón. Pero después de Pentecostés, ya no solo los hombres libres aarónicos eran sacerdotes en el nuevo orden de Melquisedec, donde Jesús es el Sumo Sacerdote. Los gentiles, los esclavos y las mujeres en la nueva creación también son sacerdotes.

Cuando Jesús ascendió a la diestra de Dios, Dios derramó el Espíritu a través de Jesús y dio dones al pueblo de Dios. El Mesías dio a “unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y maestros”. Siempre que Pablo enumeraba los dones del Espíritu, nunca sugirió que algunos fueran para las mujeres, otros para los hombres y otros para ambos, como tampoco dijo que algunos fueran para los judíos y otros para los gentiles, o algunos para los esclavos y otros para las personas libres. Más bien, Dios distribuye los dones según la gracia, no según la economía, la etnia o el género.

De hecho, dentro del ministerio de la iglesia en el Nuevo Testamento, vemos una apóstol, mujeres profetizando, mujeres evangelistas (difundiendo y proclamando las buenas nuevas) y mujeres maestras. En otra lista de dones, cada don fue ejercido por mujeres en el Nuevo Testamento. Las mujeres profetizaron, ministraron, enseñaron, exhortaron, dieron, lideraron y practicaron la misericordia.

Las mujeres servían como diáconos. Colaboraban con Pablo (el mismo lenguaje describe a sus homólogos masculinos). Eran sus colaboradoras. Estas mujeres eran líderes, y Pablo instruyó a las iglesias domésticas de Corinto a someterse a todo colaborador y obrero en el Señor. Dada la presencia de profetisas en Corinto y que el veinte por ciento de las personas que Pablo nombró en sus cartas como colaboradores y obreros eran mujeres, las iglesias domésticas de Corinto, así como las congregaciones de otras localidades, se sometieron tanto a mujeres como a hombres conocidos como colaboradores y obreros en el ministerio.

Lo que Pablo deseaba para los discípulos de Jesús era la sumisión mutua: vivir juntos en la unidad mutua. Así como Jesús se humilló para servir a los demás haciéndose como nosotros, también nosotros debemos servirnos unos a otros. Así como Jesús llamó a sus discípulos a rechazar el estatus, la autoridad y el poder que caracterizaban a los gobernantes y autoridades gentiles, también nosotros rechazamos el autoritarismo y el estatus para someternos unos a otros en amor mutuo. Nos acogemos, nos instruimos, nos amamos, nos animamos y vivimos en armonía. De hecho, nos servimos y nos sometemos unos a otros.

Pero “primero fue formado Adán, luego Eva”.

A pesar de toda esta evidencia en el texto bíblico, había un texto que me impedía aceptar la plena participación de las mujeres en la asamblea como la voluntad de Dios. (Sin embargo, a veces me preguntaba si había malinterpretado gravemente este texto, ya que la historia de Dios empodera tan fuertemente a las mujeres de maneras tan diversas).

Al intentar comprender lo que Pablo decía, surgieron dos preguntas cruciales.

¿Qué prohibió Pablo exactamente y por qué?

Mi interés en la aplicación de este texto creció cuando mi hija de ocho años participó en un evento cristiano donde preadolescentes y adolescentes dieron discursos, dirigieron cantos, participaron en concursos bíblicos y actuaron en espectáculos de títeres. Mi hija compitió en la categoría de oratoria. Cuando llegó su turno, fui a la sala designada. Me prohibieron la entrada. A los hombres, incluidos los padres, no se les permitía escuchar a las preadolescentes hablar de Dios. Cuando pregunté por el motivo, los organizadores citaron a Pablo. No se le permitía hablar delante de mí porque no podía enseñar a los hombres. Si me enseñaba, ejercería autoridad sobre mí. Había algo terriblemente mal, pensé en ese momento, en cualquier lectura que generara esa aplicación, así como había algo erróneo cuando el texto se usaba para prohibir que las niñas oraran en voz alta en cadenas de oración, que las esposas guiaran a sus esposos en la oración o que las niñas guiaran a sus padres en la oración. Todo esto lo había escuchado, e incluso defendido, en mis años de servicio en las iglesias de Cristo.

Estas aplicaciones tan amplias y restrictivas de la frase de Pablo han formado parte de la historia cristiana y de las iglesias de Cristo. Se ha utilizado para prohibir a las mujeres votar en elecciones gubernamentales, pronunciar discursos en espacios públicos y seguir carreras en medicina, derecho y política. También se ha utilizado para prohibir a las mujeres adultas

enseñar a niños bautizados de diez años en la escuela dominical, servir la comunión de pie ante la congregación, dirigir oraciones en grupos pequeños o clases bíblicas, impartir clases bíblicas con hombres presentes y bautizar a cualquier persona, incluso a otra mujer. Este versículo se ha utilizado para prohibir a las mujeres ejercer autoridad en la sociedad, el hogar y la iglesia, y desempeñar cualquier rol de liderazgo donde los hombres se sometan a ellas. En otras palabras, este versículo ha excluido a las mujeres de una amplia gama de actividades, basándose en el discernimiento de líderes masculinos empoderados.

Se argumentaba que los hombres tenían el poder porque Adán fue formado primero, luego Eva, y Eva fue engañada y se convirtió en transgresora. Históricamente, este razonamiento no solo se basaba en que el hombre fue creado primero, sino también en que las mujeres eran más fáciles de engañar, demasiado emotivas e incapaces de servir públicamente tanto en la sociedad como en la iglesia. En otras palabras, había algo en las mujeres —incluso en la naturaleza con la que fueron creadas, algo en su esencia— que las hacía incapaces de ejercer el liderazgo público en el hogar, la iglesia y la sociedad. Eva fue engañada, pero Adán no.

Pero ¿le preocupaban a Pablo estas amplias cuestiones del liderazgo masculino en todos los aspectos del hogar, la iglesia y la sociedad, o se centraba en algo mucho más específico? ¿Qué pretendía prohibir exactamente?

La primera carta de Pablo a Timoteo

La primera carta de Pablo a Timoteo comienza y termina con palabras contundentes sobre las falsas enseñanzas que promovían mitos e impiedad. Timoteo debía "pelearse la buena batalla" contra estas falsas enseñanzas. Por lo tanto, Pablo animó a la oración y reafirmó la historia fundamental de la salvación en Jesús el Mesías. Debido a esta preocupación por las falsas enseñanzas ("por tanto"), Pablo también abordó el problema de las disputas airadas entre hombres y el comportamiento de algunas mujeres que promovían la impiedad en lugar de las buenas obras.

Algunas mujeres, incluyendo aquellas que vestían con inmodestia, iban de casa en casa diciendo disparates, promoviendo mitos y diciendo lo que no debían. Seguían el camino de los falsos maestros, cayendo en las garras de Satanás. Sus enseñanzas y autopromociones eran disruptivas y peligrosas. Su estilo de vestir promovía su impiedad y su asociación con falsos maestros, y buscaban persuadir a los hombres para que las siguieran. Se dirigían a los hombres debido a su afán de riqueza y poder. Pablo quería poner fin a este tipo de actividad. «No permito...», escribió Pablo. No quería que estas mujeres se impusieran y dominaran a los hombres al reclutarlos para su proyecto. La prohibición pretendía detener esta actividad. No pretendía prohibir a todas las mujeres, en todo momento y lugar, enseñar a los hombres en cualquier momento.

Sin embargo, detener a estas mujeres no era el objetivo final. Pablo también quería que aprendieran. Timoteo debía enseñar a las mujeres siempre que estuvieran dispuestas a aprender con total sumisión a la enseñanza de Dios (la sana doctrina) y con un comportamiento

sereno y humilde. Pablo quería que estas mujeres aprendieran con un espíritu sumiso, sin ser disruptivas ni bulliciosas. Una vez que aprendieran, podrían convertirse en maestras de la comunidad. Este era, de hecho, el plan de Pablo para Timoteo: enseñar a las personas (tanto hombres como mujeres) para que pudieran enseñar a otros.

Pero Pablo dijo: "Primero fue formado Adán, luego Eva".

¿Cómo justifica la prohibición de Pablo la idea de que Adán fue formado primero, luego Eva?

Esa es una pregunta importante. Durante mucho tiempo, simplemente asumí que el hecho cronológico implicaba el principio de primogenitura (primogénito). En otras palabras, dado que Adán fue creado primero, el primer hombre tenía autoridad sobre la primera mujer. Sin embargo, esto no se afirma explícitamente. Solo el hecho cronológico es explícito. Si se refiere a la primogenitura, también implicaría una mayor herencia para el hombre que para la mujer, como ocurrió con los primogénitos en Israel. Los primogénitos recibieron una doble herencia. ¿Heredarán los hombres más que las mujeres en la nueva creación? En otro pasaje, Pablo dijo que todos somos herederos y que ya no hay varón ni mujer en la nueva creación, especialmente en lo que respecta a la herencia.

Además, en Génesis, la primogenitura es subvertida y anulada. No implica supremacía ni autoridad. Isaac fue elegido sobre Ismael, Jacob sobre Esaú, Judá sobre Rubén y Efraín sobre Manasés. En estos casos, el segundo hijo (creado) recibió la primacía que existía. Además, si la primogenitura es la base de la instrucción de Pablo, entonces debería aplicarse no solo a la iglesia, sino también a la sociedad, porque las normas de la creación, se argumenta, se aplican a todas las relaciones humanas.

El principio de primogenitura es una inferencia y una suposición innecesarias. De hecho, contradice el texto explícito del propio Génesis. Hombres y mujeres comparten la autoridad sobre la creación, y los hombres solo gobiernan a las mujeres después del pecado de la pareja.

Hay otra razón por la que Pablo pudo haber empleado esta cronología. Pablo relató la historia del Génesis de forma abreviada para establecer una analogía específica. El hecho cronológico inicia la narración de la creación («formada»), continúa con la caída («transgredida») y culmina en la redención («salvada»). Dios formó a Adán, luego a Eva, y luego Eva transgredió, pero Dios la salvará (a Eva) mediante la maternidad (a Cristo) si ellas (las mujeres problemáticas de Éfeso) perseveran en la fe con modestia.

Pablo apeló a la narrativa donde Adán, creado inicialmente, recibió la primera instrucción y, por lo tanto, conocía el mandato de Dios desde el principio. Eva, sin embargo, fue engañada. Fue engañada por la serpiente y Eva la siguió, al igual que algunas mujeres fueron atrapadas por Satanás y siguieron a otras en falsas enseñanzas y prácticas impías. Aunque engañada, persuadió a Adán, quien pecó con los ojos bien abiertos. Ella lo dominó o lo dominó con su influencia. Adán escuchó la voz de su esposa y la siguió. Eva fue un ejemplo de las mujeres engañadas que indujeron a los hombres a la transgresión mediante sus falsas enseñanzas y tácticas agresivas.

En otras palabras, el razonamiento de Pablo no era: los hombres tienen supremacía o autoridad sobre las mujeres porque los hombres tienen derechos de primogenitura; por lo tanto, las mujeres no deben enseñar a los hombres. Más bien, era: algunas mujeres han sido engañadas por falsos maestros y están persuadiendo a los hombres a seguir las enseñanzas como lo hizo Eva; por lo tanto, estas mujeres no deben enseñar, sino aprender.

Pablo no tenía objeción a que las mujeres enseñaran a los hombres. Las mujeres poseen el don de la enseñanza tanto como los hombres. Se invita a las mujeres a compartir su don de enseñanza en la asamblea. A las mujeres se les dice que enseñen, las mujeres enseñan y las mujeres profetas enseñan. Pablo no delimitó el don de la enseñanza, sino que excluyó a quienes enseñaban falsamente y extraviaban a la iglesia. Algunas mujeres en Éfeso promovían la impiedad y algunos hombres ya habían sido excluidos de la iglesia de Éfeso.

Pablo está controlando los daños y señalando a Timoteo una solución: deja que estas mujeres aprendan, pero hasta que lo hagan, no se les permite enseñar.

Conclusión

¿Qué es realmente “seguro” y “leal”? Quizás sea más seguro prestar atención al don que Dios dio a las mujeres por el Espíritu y afirmar nuestra lealtad al testimonio de las Escrituras sobre los dones de las mujeres. Quizás sea más seguro escuchar la historia completa de las mujeres en la Biblia, y la prueba de nuestra lealtad radica en si estamos dispuestos a escuchar lo que dice toda la Escritura.

Pablo quería que las mujeres aprendieran para poder enseñar. En esto, Pablo siguió la práctica de Jesús, quien animó a María a sentarse a sus pies como discípula-aprendiz. Así como Pablo se sentó a los pies de Gamaliel como discípulo para aprender a seguir a su maestro y convertirse él mismo en maestro, María se sentó a los pies de Jesús. Las mujeres también son discípulas de Jesús. No son discípulas de un modo secundario.

Cuando Jesús les dijo a sus discípulos que esperaran en Jerusalén la venida del Espíritu, había mujeres presentes. Cuando Jesús comisionó a sus discípulos, también las mujeres lo recibieron. Cuando el Espíritu se derramó sobre la iglesia, las mujeres también lo recibieron. Cuando Jesús dio dones a la iglesia, también los dio a las mujeres.

Tanto hombres como mujeres tienen la comisión de «hacer discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a obedecer todo lo que yo les he mandado».

Tanto hombres como mujeres tienen la misión de hacer discípulos, bautizar y enseñar. Ya sea en la asamblea o fuera de ella, en el hogar o en público, Dios acoge a las mujeres en el cuerpo de Cristo, las dota para que participen en él y las llama a hacer discípulos, bautizar y enseñar a otros.

Textos bíblicos: Génesis 1:26-28, 2:15-25; 3:6, 8-19; 4:18, 23-24; 6:1-4, 11-13; 20:7; 21:14; 27:17-30; 34:1-5; 48:14; 49:8-10; Éxodo 7:1; 15:20-21; Deuteronomio 18:15; Jueces 4:4-10; 19:24-29; 2 Samuel 3:20-4:1; 11:1-27; 13:7-19; 2 Crónicas 24:19-28; Ester 9:29-32; Salmo 68:11;

Miqueas 6:4; Joel 2:28; Mateo 26:55; 28:18-20; Marcos 10:42-45; Lucas 2:36-38; 10:38-42; 19:47; 21:37; 22:24-30; Hechos 1:12-15; 2:16-17; 8:3-4; 9:36; 14:14; 18:26; 21:9; 22:3; Romanos 12:3-8, 10, 16; 13:8; 14:13, 19; 15:7, 14; 16:1-3, 6-7, 12, 24; 1 Corintios 3:9; 7:4; 11:3-16; 12:28; 14:1, 3, 5, 24-40; 16:16; 2 Corintios 11:3-4; Gálatas 1:4, 19; 3:14, 28-29; 4:1-7; 6:14-16; Efesios 4:7-11; 5:21; Filipenses 2:6-11, 25; 4:2; Colosenses 4:10; Filemón 24; 1 Tesalonicenses 3:2, 5; 5:12; 1 Timoteo 1:3-4, 18-20; 2:1, 4-6, 8-15; 4:6-7; 5:11-15; 6:2-6, 11-12; 2 Timoteo 2:2, 16; 3:6; Tito 2:3; Hebreos 11:32.